A

lrededor de 15 millones de investigadores están contratados por las universidades del mundo (una cifra importante pero más al compararla con los 4 millones que había en 1980) y éstas personas producen alrededor de 5 “*papers*” académicos por año. *Papers* como los que usted y yo hacemos. Este indicador presentado por [The Economist](https://www.economist.com/finance-and-economics/2024/02/05/universities-are-failing-to-boost-economic-growth) en su más reciente edición sería motivo de optimismo, pero en realidad no lo es tanto. El indicador de incremento de artículos académicos es inversamente proporcional al de la producción en el mundo laboral, y al mismo tiempo los aportes de la academia al sector empresarial resultan menos relevantes.

En la etapa de postguerra, fueron las grandes industrias las que realizaron los avances que permitieron el boom de desarrollo científico que aún disfrutamos hoy en día. En la década de los 60 DuPont publicó más artículos que todos los elaborados en MIT y AT&T tenía 10 premios Nobel en su área de investigación y desarrollo. El peso del desarrollo científico se fue desplazando hacia la academia, principalmente por el avance de la teoría bajo la cual la maximización de utilidades para accionistas no es el fin más importante de la empresa, sino que es el único, lo cual alcanzó su pico en la década de los 80 con la bendición conceptual y gubernamental de mandatos como los de Reagan y Thatcher. Así, la investigación y desarrollo se convirtió en un costo que se creía no era de importancia para una compañía y, por lo tanto, otro debía encargarse de eso. El Estado (el que fuera) no lo iba a hacer, por lo menos directamente, luego, esa tarea llegó, cómo no, a la universidad.

Las publicaciones académicas pueden ser una más brillante que la otra, pero es difícil que impliquen un impacto real en la generación de patentes, el número de científicos (naturales o sociales) empleados y, por tanto, en la productividad corporativa. Además, así nadie lo admita en público, las investigaciones académicas se conciben con un ánimo de satisfacer una curiosidad individual y/o con el afán de generar citaciones y/o buscar una publicación indexada que ningún CEO va a leer. Por supuesto que muchas de las investigaciones son valiosas así no tengan un efecto directo y práctico en la vida real, pero de seguir así se seguirá desvirtuando la educación universitaria como un todo incluyendo, por supuesto, a la contable. Lo invito a que haga el ejercicio de preguntar a un número de personas entre los 15 y 20 años cuántas quieren gastar los próximos 5 años haciendo una carrera universitaria y, de ellos, cuantos quieren estudiar Contaduría Pública. La respuesta seguramente no le sorprenderá. La sección de la academia al interior de la profesión contable debe conectarse más con la realidad corporativa, por la cual existe, y aunque hay esfuerzos importantes de unión como el Foro de Firmas, parecen insuficientes al verlos desde la investigación. Discutí en un Programa de Contaduría Pública porque ahí hablaban de una distancia entre “el mundo de la academia” y “el de la empresa”. En realidad, debería haber uno solo: “el de nuestra profesión”

*Donny Donosso Leal*